

AL MARGEN DE LO COTIDIANO

ESCARCEOS EN LA POLITICA

Hay algo que, hoy día, inquieta desmesuradamente a los hombres representativos: La juventud y los obreros, se alejan, cada vez más, de los partidos. Se afirma que esto se debe a la desconfianza que los aspavientos funambulésicos de los partidos hacen nacer en los espíritus dignos; a la moralidad precaria de los que pregonan mercancías doctrinarias; a la resignada indiferencia de nuestro fatalismo acendrado y singular. Creo yo que esta prescindencia política se origina, más bien, en una comprensión honda y acertada de lo que es la actual lucha social. Los que aspiramos a un cambio integral en la organización humana, buscamos el camino adecuado, el medio eficaz para una realización perfecta de lo que anticipadamente, precise en nosotros, sus contornos ideales. Y la historia y la observación constante de los hechos que, en redor, se verifican, demuéstranos con fuerza de evidencia que ese medio no puede ser la política. La política es, según el amplio y vulgarizado concepto clásico, el arte de gobernar a los pueblos. He aquí el primer defecto: gobernar es imponer, ejercer sobre los individuos una violencia autoritaria, una coerción emanada de fuentes oscuras y artificiales: Dios, ayer, en los solidos estados cesáreos; el sufragio popular, hoy, en nuestras balbucientes democracias. Los hombres que husmean el gobierno, lo hacen según ellos, impulsados por principios superiores; según la realidad, con desesperante insistencia repetida, obran manejados por intereses.

Esto sería aceptable y encomiable si esos intereses fueran los generales. Pero ¿puede hablarse de intereses generales? El político llegado al Parlamento a virtud de la técnica pueril de la Democracia, es allí, representante del clérigo, del albañil, del intelectual, del ladrón, del rentista, del acróbata, etc. Tal vez, si hemos de considerar lo que a diario acontece al único que, en realidad, representa, es al acróbata. Fuera de estas imperfecciones de sistema, que sumariamente insinúa, resalta la enorme vaciedad de los fines. Porque ¿cuál es el resultado de la acción política? La legislación. Y la legislación no modifica nada. Influencia efectiva en la existencia individual no tiene. En la social, tampoco; aún ejercida con la más noble austeridad moral, volviendo las espaldas a las sollicitaciones de los intereses limitados y transitorios. La ley interpreta y sanciona un modo de vida, una costumbre, una tendencia humana, una necesidad colectiva; a veces trata de dar cauce a determinada actividad, en norma nueva. En el primer caso es innecesaria; en el segundo impotente. En ambos nula.

Cabe, entonces, esperar una renovación social por los procedimientos legalitarios? No. Desconocimiento del enorme pasado, ofuscamiento ante los acontecimientos simples y grandiosos de hoy, demostraría el creerlo. Por eso, todos los que se inquietan ante el interrogatorio trágico del mañana, no van a la política, abandonan los partidos. Que vayan a integrar los empeñados en cimentar la in-

justicia, y en desvirtuar las rebeldías que destruyendo han de crear. La juventud, los obreros, los hombres libres que ante la vida actual nutren su más fervorosa protesta, no deben seguir los caminos sinuosos, donde como en el laberinto legendario, se pueden extraviar. (¡Tantos ejemplos, tantos!) En la meditación, en el estudio, trabajar el propio espíritu, integrarlo, cada instante, con el conocimiento irrevocado, con el temblor de inédita belleza, con el regocijo de la acción útil al gran anhelo común. "La razón es una divina línea recta". Y la razón nos dice que no es en la feria gubernativa y parlamentaria donde se gesta el mundo nuevo, sino en el fondo de cada uno de nosotros mismos.

EL IMPERATIVO DE LA LIBERTAD

No es una lucha de clases lo que alienta nuestra inquietud, ni el objetivo de nuestras constantes rebeldías. Las clases desaparecen ante la magnífica vastitud del ideal innovador. El fervor contagioso que lo distingue nace de su tremante significación humana. Por que, por sobre toda otra cosa, es una protesta de la vida, de la vida encerrada en cauces rígidos, agobiada por instituciones y sistemas normativos que obliteran el desarrollo integral de nuestra personalidad.

Miremos en redor. Caracteres claudicantes, corazones guijarrosos, cuerpos deformados por la fiebre cotidiana de la ciudad tumultuaria, fausto y espanto de miseria; sangre que se trueca en oro, manos ávidas estrujando el placer, harapos que cubren, cansancios trashumantes. Y en todo lugar, a la manera de un emiurgo adusto e inevitable, siempre, el dolor. Pero dentro de nosotros, la razón construye incitadoras anticipaciones; la voluntad se robustece en el designio del futuro ideal, y el ansia pura de destruir estremece y enciende las palabras de las viriles admoniciones. Nuestra rebeldía es una fuerza creadora; el ser entero va en ella, anheloso de integración, de expansión. Empequeñido por siglos de mansedumbre, el Individuo se alza y exige la plena libertad donde todas sus nobles posibilidades de vida cobren sentido, y fructifiquen. Ser libres: he ahí la gran voluntad del presente. Lo demás vendrá de añadidura, después. Una pureza nueva que será como un retorno a dominios perdidos se insinuará en nosotros; nuestras miradas bendecirán la tierra, la copa del espíritu estará colmada de alegría solar. Amaremos las cosas en la bella simplicidad de su perfección, nos entregaremos al trabajo como a un juego placentero y fecundo. Y cada día, hemos de ser más fuertes, más limpios, más nosotros mismos. La violencia habrá desaparecido con el horror de sus exteriorizaciones ciudadanas; todos cooperarán en la obra fraterna y múltiple.

El Estado, la Iglesia, la Propiedad, todos los organismos que pesan como una lápida sobre la vida serán sólo un recuerdo torvo. Los hombres se asociarán no por la violencia sistematizada, sino por la espontaneidad del propio interés,

y, al abrir la tierra generosa, se identificarán con ella y con la flor y la espiga que—¡por fin!—han de ser suyas.

Laboremos, pues, en la gestación paciente de la gran belleza próxima. Empuñemos el látigo: los mercaderes tiemblan cuando estremece el aire su ruido fugigante. Las ciudades medrosas aguardan el viento trágico y el fuego purificador. Levantemos, como una antorcha nuestro corazón encendido de esperanza. Y si nuestro fervor decrece, si la indiferencia estoica o la cristiana resignación entran en la dureza de nuestro ademán demoleedor, si escuchamos la voz milenaria del Eclesiastés: "Y lo que

ha sido siempre será", hundámonos en la diaria realidad.

Y al sentirnos pequeños dentro del círculo erizado de autoritarismos de la sociedad contemporánea, al contemplar nuestra pureza primitiva y nuestra fuerza creadora ensombrecida por una cultura de artificio y una civilización fundada sobre el engaño y la explotación, al constatar hasta en el amor, las influencias intrusas de la violencia colectiva, sentiremos fortalecerse y magnificarse ese anhelo rebelde que—como hermosamente dijo Roman Rolland—"sofocado mil veces, resucita mil y una vez".

EUGENIO GONZALEZ R.

"FUÉ ASÍ"...

Por María Monvel

He aquí un libro simple.

¿Simple porque todas sus armonías son el desarrollo de dos o tres temas generadores? No: nadie es capaz de abarcar las posibilidades de un motivo único, por elemental que parezca; nadie es capaz de columbrar la complejidad de elementos, la riqueza de matices, de resonancias y de sugerencias que en cada sentimiento, en cada pasión, en cada creencia esperan la voz de un animador. Son infinitas almas, oscuras y profundas y silenciosas. No todos los espíritus las perciben. A menudo los poetas las toman; las palpan sin sentir las; las miran sin verlas; y pasan. Han estado en las riberas del prodigio y no han sabido entrar en él.

Pero alguna vez llega el Mesías de pupilas sin velos, y de manos milagrosas. Su "levántate y anda" galvaniza a las infinitas almas oscuras y profundas y silenciosas. La vida sopla sus vientos en lo hondo del sentimiento, de la pasión o de la creencia elementales... Y vagamente, nebulosamente, intuitivos la polifonía imponderable, la complicación sin límites de lo que por un instante supusimos simple y primario.

La complejidad no es sino un modo hondo de ver y de sentir. De ahí que todas las actitudes y todos los estados individuales puedan ser simples o complejos, indiferentemente.

Si el libro de María Monvel abarca el mayor número de temas posible, no dejaría por ello de ser simple. La multiplicidad de actividades, no quitaría a la musa su característica precisa de rondadora de periferias.

Conviene, pues, distinguir entre la simplicidad, que no es un modo de ser y de reaccionar, y la falta de inquietud, de curiosidad o de amplitud, que circunscribe a determinado radio dicho modo de ser y de reaccionar.

Todavía es preciso diferenciar entre la simplicidad ya anotada, y otra que es sólo una manera expresiva, muy a menudo usada por individuos de estructura interna complicadísima.

Su apariencia fácil ha engañado a muchos argonautas de la Belleza; y a este engaño ha contribuido, y sigue contribuyendo no poco, el tenaz panegírico que labios pontificales e incomprensivos, hacen de su virtud cristalina y sin segundos planos.

Malas voces de sirenas son estas que cantan el elogio de algo cuya comprensión les escapa.

Simplicidad. Claridad... Nada ha hecho tanto mal al desorientado espíritu de los artistas jóvenes como la prédica insistente de estas palabras.

Elas han apuntado en la tendencia, tan humana, hacia el mínimo de esfuerzo. Y so pretexto de un arte claro y simple, en lugar de lanzarnos a la hondo de la vida, que es complejidad creciente, nos hemos satisfecho con palpar su epidermis.

Nuestra simplicidad ha sido simpleza.

Nuestra claridad el tiempo del automatismo, la regresión de la vulgaridad.

El libro de María Monvel es una gavilla más que cosechan quienes, adueñados de todas las tribunas desparraman, hora a hora, semillas de superficialidad.

A través de sus páginas resulta fácil seguir la germinación de la siembra pernicioso.

Espíritu joven y transparente, golpeado por los látigos del Destino en el dintel mismo de la vida, canta las faces de su tragedia, y la fresca sonrisa amanecida con que la propia vida llega a guiarla, por nuevos senderos insospechados.

Tiene el canto en sus comienzos, cuando al dulce alborozo del amor naciente se junta cierta tenue lascitud de convalecencia espiritual, una humana bondad pura y armoniosa y un equilibrado tono subjetivo de sonata interior.

No hay mayores complicaciones. La atmósfera del verso es la leve atmósfera de las zonas altas, donde el aire es delgado y de cristal, donde las montañas valorizan sus planos y destacan sus volúmenes y donde las estrellas, más encendidas y más cambiantes y más misteriosas, descienden hacia nuestras pupilas, y se quedan temblando como suspendidas por hilos invisibles.

Esto es breve. Pronto se resbala a niveles inferiores. El ambiente se torna opaco. Hay en la temperatura una densidad caliginosa y deprimente.

¿Acaso el cambio de tema? Acaso la oposición entre el ritmo cordial de las primeras armonías y la agresividad arisca de los cantos posteriores.

No lo creemos. ¿Será que, como sostiene Ortega y Gasset, hay temas estéticos y temas extraestéticos?

Tampoco.—Si llegásemos a acordar nuestra opinión con la del sutil analista de "El Espectador" deberíamos declarar que todo el conte-

Escarceos en la Política.

Hay algo que, hoy día, inquieta desmesuradamente a los hombres representativos: La juventud y los obreros, se alejan, cada vez más de los partidos. Se afirma que esto se debe a la desconfianza que los aspavientos funambulescos de los partidos hacen nacer en los espíritus dignos; a la meralidad precaria de los que pregonan mercancías doctrinarias; a la resignada indiferencia de nuestro fatalismo acendrado y singular. Cree yo que esta prescindencia política se origina, más bien, en una comprensión honda y acertada de lo que es la actual lucha social. Los que aspiramos a un cambio integral en la organización humana, busquemos el camino adecuado, el medio eficaz para una realización perfecta de lo que anticipadamente, precise en nosotros, sus contornos ideales. Y la historia y la observación constante de los hechos que, en redor, se verifican, demuéstranos con fuerza de evidencia que ese medio no puede ser la política. La política es, según el amplio y vulgarizado concepto clásico, el arte de gobernar a los pueblos. He aquí el primer defecto: gobernar es imponer, ejercer sobre los individuos una violencia autoritaria, una coerción emanada de fuentes oscuras y artificiales: Dios, ayer, en los sólidos estados cesáreos; el sufragio popular, hoy, en nuestras balbucientes democracias. Los hombres que huecan el gobierno, lo hacen según ellos, impulsados por principios superiores; según la realidad, con desesperante insistencia repetida, obran manejados por intereses.

Este sería aceptable y encomiable si esos intereses fueran los generales. Pero ¿Puede hablarse de intereses generales? El político ilegal al Parlamento a virtud de la técnica pueril de la Democracia, es allí, representante del clerigo, del albañil, del intelectual, del ladrón, del rentista del acróbata, etc. Tal vez, si hemos de considerar lo que a diario acontece al único que, en realidad, representa, es al acróbata. Fuera de estas imperfecciones de sistema que numéricamente insinúa, resalta la enorme vaciedad de los fines. Porque ¿cuál es el resultado de la acción política? La legislación. Y la legislación no modifica nada. Influencia efectiva de la existencia individual no tiene. En la social tampoco; aún jericida con la más noble austeridad moral, volviendo las espaldas a las solicitudes de los intereses limitados y transitorios. La ley interpreta y sanciona un modo de vida, una costumbre, una tendencia humana, una necesidad colectiva; a veces trata de dar cauce a determinada actividad, en norma nueva. En el primer caso es innecesaria; en el segundo impotente. En ambos nula.

Cabe, entonces, esperar una renovación social por los procedimientos legatarios? No. Desconocimiento del enorme pasado, ofuscamiento ante los acontecimientos simples y grandiosos de hoy, demostraría el creerlo. Por eso, todos los que se inquietan ante el interrogatorio trágico del mañana, no van a la política, abandonan los partidos. Que vayan a integrarles los empeñados en cimentar la injusticia, y en desvirtuar las rebeldías que destruyendo han de crear. La juventud, los obreros, los hombre libres que ante la vida actual nutren su más fervorosa protesta, no deben seguir los caminos sinuosos, donde como en el laberinto legendario, se pueden extraviar, (¡ Tantos jemples, tantos ¡) En la meditación, en el estudio, trabajar el propio espíritu, integrarlo, cada instante, con el conocimiento irrevelado, con el ténbler de inédita belleza, con el regocijo de la acción útil al gran anhelo común. "La razón es una divina línea recta". Y la razón nos dice que no es en la feria gubernativa y parlamentaria donde se gesta el mundo nuevo, sino en el fondo de cada uno de nosotros mismos.

El Imperativo De La Libertad

No es una lucha de clases lo que alienta nuestra inquietud, ni el objetivo de nuestras constantes rebeldías. Las clases desaparecen ante la magnífica vastitud del ideal innovador. El fervor contagioso que lo distingue nace de su tremenda significación humana. Por que, por sobre toda otra cosa, es una protesta de la vida, de la vida encerrada en causas rígidas, agobiada por instituciones y sistemas normativos que obliteran el desarrollo integral de nuestra personalidad.

Miremos en redor. Caracteres claudicantes, corazones guijarrosos, cuerpos deformados por la fiebre cotidiana de la ciudad tumultuaria, fausto y espanto de miseria; sangre que se trueca en oro, manos avidas estrujando el placer, harapos que cubren, cansancios trashumantes. Y en todo lugar, a la manera de un empuje adusto e inevitable, siempre, el dolor. Pero dentro de nosotros, la razón construye incitadoras anticipaciones; la voluntad se rebustece en el aseo digno del futuro ideal, y el ansia pura de destruir estremece y enciende las palabras de las viriles admoniciones. Nuestra rebeldía es una fuerza creadora; el ser entero va en ella, ahérrase de integración, de expansión. Empequeñecido por siglos de mansedumbre, el individuo se alza y exige la plena libertad donde todas sus nobles posibilidades de vida cobren sentido, y fructifiquen. Ser libres: he ahí la gran voluntad del presente. Lo demás vendrá de añadidura después. Una pureza nueva que sera como un retorno a dominios perdidos se insinuara en nosotros; nuestras miradas vendeciran la tierra, la copa del espíritu estará colmada de alegría solar. Amaremos las cosas en la bella simplicidad de su perfección, nos entregaremos al trabajo como a un juego placentero y profundo. Y cada día, haremos de ser más fuertes, más limpios, más nosotros mismos. La violencia habrá desahuciado con el horror de sus exteriorizaciones ciudadanas; todos cooperarán en la obra fraterna y múltiple.

El Estado, la iglesia, la Propiedad, todos los organismos que pesan como una lápida sobre la vida serán sólo un recuerdo torpe. Los hombres se asociaran no por la violencia sistematizada, sino por la espontaneidad del propio interés, y, al abrir la tierra generosa, se identificarán con ella y con la flor y la espiga que —por fin— han de ser suyas.

Laberemos, pues, en la gestación paciente de la gran belleza próxima. Españemos el latigo; los mercaderes tiemblan cuando estremece el aire su ruido fustigante. Las ciudades mofosas aguardan el viento trágico y el fuego purificador. Levánmonos como una antorcha nuestro corazón encendido de esperanza. Y si nuestro fervor decrece, si la indiferencia esteica o la cristiana resignación entran la dureza de nuestro ademán demoleador, si escuchamos la voz milenaria del Eclesiastés: "Y lo que ha sido siempre será", hundámonos en la diaria realidad.

Y al sentirnos pequeños dentro del círculo erizado de autoritarismo de la sociedad contemporánea al contemplar nuestra pureza primitiva y nuestra fuerza creadora ensombrecida por una cultura de artificio y una civilización fundada sobre el engaño y la explotación, al constatar hasta en el amor las influencias intrusas de la violencia colectiva, sintiémosnos fertilizarse y magnificarse ese anhelo rebelde que —como hermosamente dijo Romain Rolland— "sefecade mil veces, resucita mil y una vez".